

REINENZI,

ó

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Envió en seguida á buscar nuevos muebles, y el médico ó el empírico que el atractivo del lucro pudiese decidir á llenar un deber entonces abandonado á aquellas cofradías verdaderamente heroicas, bien poco dignas del anatema que los modernos han lanzado contra ellas. Si algunos de sus miembros se han hecho indignos de estas caritativas asociaciones, no se puede negar que fueron en general, en aquellos tiempos de calamidades y de ignorancia, los mas valientes, los mejores, los mas piadosos de los agentes á quien Dios confiaba el poder de resistir al opresor, de alimentar al pobre, de socorrer al desgraciado. Ellos solos, en medio de aquel contagio terrible, que parecia un demonio del infierno desencadenado para destruir todo lo que relaciona á los hombres, con la virtud, con las leyes; ellos solos, digo, despiertos como por el son de la trompeta de un ángel, cumplian con los mas nobles trabajos de la caballería de la Cruz. Su fe se componia del menosprecio de si mismos, su esperanza veia su objeto mas allá de las miserias del mundo; caminaban á la inmortalidad con paso firme y triunfante sobre las tumbas de la muerte.

Mientras el amor llenaba así uno de sus mas nobles deberes, la banda disoluta que habia tomado sus cuarteles en el convento de Santa Maria de Pazzi llegó á la calle donde estaban Adriano é Irene. Se les oia cantar, ahullar, repetir en coro el grito de ¡Viva la peste! entonado por su digno jefe, que marchaba á su cabeza.

—¡Alto! gritó el jefe bajándose. Margarita, hé aqui un bello manto para vos con bastante plata para llenar vuestra bolsa.

—Pero, dijo la mujer, ¿si estará infestado. Guidotto?

—El oro no está infestado. Vamos, póntele. Si ha llegado tu hora, de todos modos morirás.

Diciendo esto, levantaba el manto y le arrojaba bruscamente sobre las espaldas medio desnudas de su compañera. Despues la arrastró así, y mientras se alejaba esta alegre turba, los sonos de su alborozo desenfundado se perdian en el aire pestilencial.

CAPITULO V.

Error.



ADRIANO permaneció sin conocimiento durante tres dias; pero no se hallaba atacado del azote que su generoso y constante custodio temió al principio, pues era una fiebre violenta y peligrosa, provocada por la fatiga excesiva y la terrible y continua agitacion en que su espíritu se habia hallado.

Para curarle solo pudieron echar mano de un monje, acaso mas instruido en la medicina que la mayor parte de los que tenian derecho para ejercerla; y mientras el santo varon se hallaba ausente, ocupado en sus santos deberes, nunca faltó al enfermo una mano cariñosa que enjugase su humedecida frente, escuchase sus lamentos y velase su sueño. Al cumplir con su triste tarea la caritativa enfermera cuando el pobre enfermo pronunciaba su nombre en los momentos de delirio, sentia una agitacion estraña, pero agradable, que no dejaba de tener por criminal. Las palabras no pueden espresar, ni podria adivinar el corazon las emociones que la asaltaban cuando en el delirio incoherente del enfermo comprendia que habia venido á la ciudad para buscarla, despreciando el peligro y aun la muerte: al inclinarse entonces para fijar sus labios en aquella frente abrasadora, las lágrimas caian á torrentes sobre el ídolo de su juventud, y el origen de esas lágrimas era profundo, inagotable, y no hubiese podido secarlo una vida entera. No existia en ella un solo impulso de sensibilidad humana y mujeril que no pusiese en juego, porque el reconocimiento mezclado á la veneracion, la estrañeza de verse amada, aunque considerase como cosa natural amar así, la disponian á mirar cuantos sacrificios hiciesen por ella como una virtud sin igual y de inmenso valor, al paso que los suyos eran muy sencillos, como que los ordenaba el deber. El paciente, víctima de su generosa constancia, sin apoyo, sin auxilios, enteramente entregado á ella, flotando entre la vida y la muerte, reclamaba su agradecimiento, sus servicios, su admiracion y su piedad. Así es, que envanecida con su protegido esperaba salvar á su salvador con la ayuda del cielo, y jamás objeto alguno obtuvo de un corazon sentimientos tan diversos y tan tiernos, como el entusiasmo de una jóven, la idolatría apasionada de un amante y de una esposa, y la vigilancia de una madre para con su hijo.

Y parecia que un poder sobrenatural iba á sostenerla, porque casi nunca se apartaba de la cabecera del lecho de su amante, no tomaba otro alimento que el necesario para mantener en vigor sus fuerzas, y no cerraba sus ojos; aunque lo

desease, durante los intervalos de sueño del enfermo. El buen religioso se admiraba de ver la frescura de las mejillas de la jóven y el brillo de sus ojos, y gracias á su piedad algo supersticiosa, creia que el cielo la dotaba del valor y la salud precisos para cumplir con un deber sagrado, creencia no falta enteramente de fundamento, porque el cielo la habia en efecto creado para semejantes tareas, dándola un alma susceptible de tan grande afecto y de un amor profundo y enérgico. Al tercer dia visitó el venerable padre algo tarde al enfermo, y despues de suministrarle un fuerte calmante dijo á Irene: «Esta noche hará crisis la enfermedad; si despierta, como espero, con el pulso tranquilo, está en salvo; si no preparaos á presenciár una catástrofe funesta; pero si notais algo que os alarme y exija mi asistencia, este papel os indicará dónde me hallo, si Dios no me lleva á su lado durante las horas de la noche.» Y apenas salió, sentóse Irene á la cabecera dispuesta á velar como siempre.

Al principio fue muy agitado el sueño de Adriano, y sus facciones, sus gestos, sus exclamaciones, todo indicaba la presencia de un gran dolor físico ó mental, pudiéndose decir probablemente con certeza, que la vida y la muerte se disputaban luchando la conquista del hombre dormido. Silenciosa Irene, conteniendo su respiracion y con toda la calma de la paciencia permanecía sentada á la cabecera despues de haber colocado la luz á la estremidad del aposento, no permitiéndole sus rayos oscurecidos por el cortinaje distinguir otra cosa que el rostro que observaba. En aquella terrible incertidumbre sus pensamientos, poco há tan vivaces, se hallaban en completo reposo, y solo sentia ese temor indecible que muy pocos tienen la dicha de ignorar, ese peso insufrible que apenas nos permite movernos y respirar porque sentimos sobre nosotros la ola pronta á tragarnos. Un destino entero pendia de los accidentes de aquella noche, y en el mismo momento en que Adriano caia por grados en un sueño mas profundo y mas pacífico, oyéronse en la calle con un ruido siniestro las campanillas del carro fúnebre que iba á turbar el silencio. Callando unas veces y despertándose otras cuando el carro volvia á ponerse en marcha despues de haber recogido sus tristes pasajeros, el sonido se acercaba mas y mas, y al fin oyó Irene detenerse bajo la ventana las pesadas ruedas, al mismo tiempo que una voz hueca, medio ahogada por la careta gritó: «¡bajad los muertos!» Al momento se levantó, y con paso ligero iba á cerrar la puerta, cuando la débil claridad de la lámpara alumbró de repente los negros rostro y el lúgubre ropaje de los *becchini*.

«Ni habeis marcado la puerta ni llevado el muerto á la calle, dijo uno de aquellos hombres en tono de reconvencion; pero esta es la tercera noche, y debe estar dispuesto para nosotros.»

—Dejadnos en paz; salid pronto, porque no le ha atacado la peste y está durmiendo.

—¡No es la peste! murmuró el *terchino* disgustado, porque creia que ninguna otra enfermedad se atreveria á disputar los derechos del *gavocciolo*.

Tomad dinero y marchaos.» Los inflexibles cocheros mortuorios se retiraron de mal humor, el carro se puso en movimiento, las campanillas volvieron á sonar, y fue perdiéndose por grados su acento hasta que se estinguió enteramente.

Entonces Irene, interceptando con su mano la claridad de la lámpara, se acercó al lecho para indagar si la visita de aquellos hombres habia turbado al dormido, y vió que se hallaba oprimido por un sueño de hierro. Como no hacia movimiento alguno, y su respiracion era imperceptible, estrechó el pulso de un brazo que se hallaba caido sin fuerza alguna sobre la colcha, y sintió algun calor y un ligero latido. Completamente satisfecha, alejó la luz, y retirándose á un rincón del aposento, colocó sobre la mesa la crucecita que al cuello llevaba, y rogó al que habia conocido la muerte, y aunque divino y soberano en los cielos, habia rogado tambien en su agonía terrenal para que le librasen de apurar aquel caliz.

El dia se presentó no rasgando lentamente las sombras como sucede en el Norte, sino con el súbito resplandor con que desciende sobre la tierra en aquellos climas lo mismo que un gigante al despertar, porque allí una brillante sonrisa, una mirada del astro glorioso hace desaparecer la noche. Aun dormia Adriano, sin que uno de sus músculos se moviese, y siendo cada vez mas profundo su sueño, de suerte que el silencio se convirtió en un peso terrible para la jóven, que al ver esa torpeza excesiva, tan parecida á la muerte, se sintió asaltada por la inquietud y el temor. El tiempo pasaba, ya estaba casi mediado el dia, y no se percibia un sonido, no se observaba un movimiento, y el monje no acudia. Tocando entonces por segunda vez el brazo del enfermo, no notó pulsacion alguna, y le miró asustada, porque ningun sér vivo podia estar tan pálido é inmóvil. Era sueño, ó bien.... Se apartó muda de terror y con la lengua pegada á los labios. ¿Por qué tardaba el padre? Quería buscarle, anhelaba conocer su suerte, no podia soportar por mas tiempo la incertidumbre, y desplegando el pergamino que el monje le habia dejado, leyó estas palabras: «Desde que salga el sol estaré en el convento de Dominicos, donde la muerte ha herido á muchos hermanos.» Este convento se hallaba bastante lejos, pero ella conocia el sitio, y el temor la prestaria alas. Llevada de esta idea, arrojó una mirada tímida sobre el enfermo y se lanzó fuera de la casa, diciendo en voz baja: «Volveré á verle todavía.» ¡Ay! ¿qué esperanza puede calcular mas allá del presente, y quién puede pronunciar con certeza la palabra *todavía*?

(Continuad.)

VARIEDADES.

DOCUMENTO NOTABLE

que se registra en uno de los libros de entierros que se custodia en el archivo de la iglesia parroquial de San Lorenzo de la ciudad de Sevilla, y empieza en julio de 1664 y concluye en setiembre de 1681. Dice así:

En 10 dias del mes de octubre de 1664 años. los beneficiados de esta iglesia enteraron en la bóveda de señores sacerdotes el cadaver del licenciado don Juan Ramirez Arellano Bustamente Calderon de la Barca Barrero, capellan que fué de esta iglesia y servidor de su coro y altar, decia misa todos los dias, aunque tenia 121 años.—Hizo testamento ante Ortiz Castelar, escribano público de esta ciudad, y codicilo ante Miguel Parrilla, tambien escribano.

Dijose misa de cuerpo presente y dijela yo don Felipe Cavieres; y por cuanto son dignas de saberse varias cosas de las que le sucedieron durante el curso de su dilatada vida, me ha parecido conveniente contar algunas de las mas principales.—Fué don Juan Ramirez casado cinco veces, celebró su primer matrimonio con doña Lucrecia de Aguilar.—El segundo con doña Bernabela de Zamora, viuda doncella.—El tercero con doña Maria de Aranda, viuda.—El cuarto con doña Violante de Estrada y Quesada.—El quinto con doña Beatriz Obregon y Arratia: tuvo de estos cinco matrimonios 42 hijos legítimos y 9 bastardos en dicho tiempo: fué de buena persona y muy capaz, pues cuando murió estaba componiendo un libro en octavo, de canciones y sonetos en alabanza de la Virgen Maria. Fué alguacil mayor de esta ciudad: hizo nueve viajes a Indias; sabia 7 lenguas: fué mayordomo del convento de religiosas de señora Santa Ana: escribano de la real audiencia de esta ciudad, escribano público y secretario de esta contratación: notario mayor de la encomienda de San Juan de Sevilla, Tocina y Alcolea, y mayordomo del convento de religiosas de Santa Isabel de la misma orden. Se ordenó de 99 años y celebró misa hasta el fin de sus dias: murió de una caída que dió en las pasaderas del convento de San Francisco de Paula de esta ciudad. Pudiera poblarse un lugar de 300 vecinos con su familia y descendencia, y por ser verdad lo firmo fecha ut supra.—D. FELIPE CAVIERES, cura.

Museo de pinturas.—El local que ocupaba el Instituto en la iglesia de la Trinidad, ha sido destinado para museo de las pinturas que se hallan en los claustros de este edificio. El arquitecto, señor Colomer, es el encargado de la obra.

Mejoras.—Los dos leones de yeso colocados en la fuente nueva de la plaza de Oriente, van á ser reemplazados muy pronto por otros de bronce que bajo la direccion del escultor de cámara don Francisco Elias se hallan ya casi concluidos.

Antigüedades.—En el Faro del Franco, periódico de Tarragona, leemos el siguiente curioso artículo:

Arqueología. Despues de algunos dias, en que hemos tenido el gusto de ver á las horas de descanso ocupado dignamente al secretario del gobierno político de nuestra provincia, el señor don Ivo de la Cortina, en dirigir una operacion tan arriesgada como nueva en España, cual es la de levantar en peso un pavimento romano de mosaico, cuyos objetos monumentales de mucha valia han perecido hasta el presente los infinitos que se han descubierto al tiempo de estender su línea las canteras, por no saber el sistema por el que debia procederse á su extraccion; hoy despues de haber dudado el éxito casi todo el público tarraconense, que habia asistido por curiosidad á aquel sitio, vé coronada la empresa del Sr. Cortina.

Dos piezas iguales en que tuvo precision que dividir el pavimento de veinte pies y medio castellanos de longitud, y once de latitud, se ha trasportado sobre carros preparados al efecto, y dirigido el mecanismo por dicho señor Cortina, el uno al museo de la sociedad Arqueológica Tarraconense, que ha costado la operacion, y el otro á la iglesia del ex-convento de san Francisco, á disposicion de la comision central de monumentos artisticos, que parece trata de dar muestras de vida con el apoyo del digno señor jefe político, y el celo, actividad e inteligencia del mencionado Sr. Cortina, que sabe con su carácter afectuoso captarse el aprecio de las personas inteligentes de la capital, para que no sean vanas las disposiciones del gobierno, salvando del naufragio de la revolucion que acabamos de terminar, los objetos preciosos del arte, que yacen acá y allá esparcidos, despues de los infinitos que han sido presa de la rapacidad de nacionales y extranjeros.

La sociedad Arqueológica Tarraconense es digna de elogio por la generosidad con que ha prestado sus fondos para este objeto al Sr. Cortina, así como por haber visto á este señor siempre rodeado y auxiliado del Sr. Albiñana su presidente, del secretario el inteligente artista el Sr. Torres, á la par que de los vocales, el Sr. Benet y otros que no enumerados en obsequio á la brevedad, los que entusiastas de las glorias de su pais y amantes del estudio, se ocupan de una manera que los honra mucho; y á ellos les sera deudora su provincia de poder algun dia vanagloriarse y hacer ostentacion de preciosidades que, á no ser por ellos, hubieran pasado desapercibidas ó si no enterradas entre escombros, no siendo la menor de sus glorias el ser de los primeros que procuran con su ejemplo y pericia, ver si llegan á despertar de la fatal modorra en que yace en nuestra desgraciada nacion la ciencia arqueológica, y que por tanto les tributamos las mas sinceras gracias.

El dibujo del mosaico, época de su construccion y calidades, es objeto de que nos ocuparemos en otro número con toda detencion.

MONUMENTOS ANTIGUOS Y MODERNOS,

COLECCION

que constituye la historia de la arquitectura de los diferentes pueblos en todas las épocas, reunida por primera vez en una obra completa con el objeto de facilitar los estudios históricos y monumentales, y comprensiva de las correspondientes noticias arqueológicas por Omard, Champollion-Figeac, Langlois, Le Dubeux, Alberto Lenoir, Ern. Breton Raoul, Rochette, L. Baudoyer, De Caumont, Girault de

Prangey, J. Gailharbaud, etc. etc. Acompañan láminas grabadas y dibujadas por distinguidos arquitectos y artistas obra publicada bajo la direccion de M. Julio Gailharbaud, y grabada por Lemaitre, Olivier Bury y los mas hábiles grabadores de Francia y otros paises extranjeros, dirigida y revisada por varios artistas españoles.

Se han repartido á los señores suscritores las entregas tercera y cuarta de esta hermosa obra.

Contienen las entregas que van publicadas.

Primera: ESTILO EGIPCIO; Monumentos cortados ó abiertos en la roca; Construcciones religiosas; Speos de Athor en Ebsambul; noticia por M. Tomás, miembro del Instituto y conservador en la Biblioteca Real.

Segunda: Monumentos exteriores hendidos en la roca Construcciones religiosas; el Kelasa (templo de Siva) en Eiora noticia por M. Langlois.

Tercera ESTILO MEDO-PERSA--Monumentos tallados en la roca.—Construcciones civiles: sepulcro en Nakschi-Rustam, dibujo de Bouchet; noticia por M. L. Dubeux, conservador agregado á la Biblioteca Real, y socio correspondiente de la academia de ciencias de Turin.

Cuarta: Monumentos Pelásjicos, llamados tambien ciclopeos.—Construcciones religiosas.—Templo en la isla de Gozo; conocida vulgarmente con el nombre de Jiganteya ó torre de los Gigantes: dibujos de M. L. Gaucherel: noticia por M. Alb. Lenoir, individuo del comité de artes y monumentos.

Todos cuantos han visto en el extranjero las entregas publicadas de esta obra, estan convencidos de su mérito y utilidad. Nada parecido a ellas se ha ejecutado aun en nacion alguna, y por lo mismo se puede asegurar que esta coleccion de todos los monumentos mas célebres es un verdadero servicio que se hace á los que se dedican á los estudios históricos y arqueológicos y principalmente á los artistas, arquitectos y escultores, en una palabra, á todos los que quieran adquirir una instruccion profunda con el auxilio de una obra en que van mezclados lo útil y lo agradable.

Cómoda en la forma y economica, en el coste, sin embargo de que el desempeño nada deja que desear, esta coleccion de cuantos objetos mas acabados ha producido la arquitectura en todos los pueblos, está, por la manera misma en que se da a luz, al alcance de todas las fortunas. Cada cual podra observar en ella bajo los varios aspectos históricos, arqueológicos y artisticos, los progresos de las artes, así como las diversas alteraciones que las necesidades de la civilizacion han hecho experimentar á la arquitectura, bien bajo el carácter religioso y civil, bien bajo el político y militar, en los diferentes puntos del globo.

Los periodos que guarda su publicacion (una o dos entregas mensuales) hacen inasequible el desembolso, y facilitan la adquisicion de una obra que debe consultarse en todos tiempos y suplir a otras sumamente abultadas y costosas, que por su excesivo precio ni aun en las bibliotecas públicas se encuentran.

La correccion del dibujo y la gracia de la ejecucion son una de las cosas que mas resaltan en ella. Se ha procurado conciliar estas dos condiciones principales con la belleza del efecto, pero de suerte que no perjudiquen a la pureza de las líneas. La mayor parte de los dibujos, hechos por los mas hábiles dibujantes, son inéditos, y no han dejado de consultarse y rectificarse, ni por raras ni por costosas, cuantas obras de este género han salido en los paises extranjeros.

De las noticias y descripciones históricas, se han encargado los arqueólogos y sabios mas distinguidos, formando por si solas una obra tanto mas útil, cuanto que al fin de cada una se ha cuidado de indicar los autores á que se puede recurrir para estudiar detalladamente cada monumento.

Cítanse al propio tiempo los títulos de todas las obras que tratan especialmente de tales objetos, y esta especie de bibliografía ahorrará á los artistas y á otras personas ocupadas prolijas investigaciones que serian comunmente infructuosas sin semejante guía.

Los grabados son obra de Lemaitre, Bury, Olivier y los mejores grabadores. El pensamiento de esta publicacion se debe á M. Gailharbaud que ha dedicado á ella todos sus desvelos.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra constará de 200 entregas próximamente; cada entrega, que saldrá acompañada de dos grabados en acero con dos ó cuatro páginas de texto en folio, se publicará regularmente de mes en mes, durante las 20 primeras entregas, y desde la 21 se dará á luz una cada quince ó veinte dias.

Precio de cada cuaderno, 6 rs. en Madrid, y 8 en las provincias.

Se suscribe en Madrid, libreria de su editor D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8, y en todas las librerias de España y del extranjero.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.